

Lom
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
Sol

Canales Cerón, Manuel (coordinador)

Escucha de la escucha: Análisis e interpretación en la investigación cualitativa [texto impreso] / Manuel Canales Cerón (coordinador).— 1ª ed. — Santiago: LOM Ediciones; 2014. 354 p.: 21,5x14 cm. (Colección Ciencias Humanas)

ISBN: 978-956-00-0485-7

1. Ciencias Sociales - Metodología 2. Ciencias Sociales - Investigación I. Título. II. Serie. III. Serie Comunicación y periodismo.

Dewey: 307.2.- cdd 21

Cutter: ES74e

FUENTE: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM EDICIONES

Primera edición, diciembre 2013

ISBN: 978-956-00-0485-7

RPI: 237.382

EDICIÓN Y COMPOSICIÓN

LOM ediciones, Concha y Toro 23, Santiago.

TELÉFONO: (56-2) 2688 52 73 | FAX: (56-2) 2696 63 88

E-MAIL: lom@lom.cl

WEB: www.lom.cl

DISEÑO DE COLECCIÓN

Estudio Navaja

Tipografía: Karmina

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile



Este libro es parte de una serie de cuatro obras publicadas por el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile y por LOM ediciones, con el apoyo del Proyecto FIAC2 UCH 1108 (2011-2014), financiado por el Ministerio de Educación de Chile.

Escucha de la escucha

Análisis e interpretación en la investigación cualitativa

Manuel Canales
(coordinador)

Alexander Huerta-Mercado

Kathya Araujo

Rodrigo Flores

Carola Naranjo

Roberto Aceituno

Esteban Radiszcz

Miguel Valles

Ruth Wodak

José Ferreiro

Mercedes Calzado

Ana Soledad Montero

Hugo Suárez

Lorena Medina

Susana García

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
BIBLIOTECA



Sociología | CIENCIAS HUMANAS

Universidad de Chile

Psicoanálisis e investigación social: la herencia freudiana

ROBERTO ACEITUNO Y ESTEBAN RADISZCZ

I. Introducción

Diversos investigadores han subrayado el valor heurístico del psicoanálisis, situando tal aporte para las ciencias humanas o sociales en el plano de lo que se podría denominar el horizonte de su rendimiento interpretativo. En tal sentido, no es extraño que, con frecuencia, dicho valor sea considerado en función de una condición hermenéutica que le daría residencia en la ciudad de las ciencias comprensivas (de la cultura o de la sociedad) (Habermas 1982, Ricoeur 1987). En otras palabras, la principal contribución psicoanalítica a las ciencias sociales —y, por consiguiente, a la investigación social— radicaría en su capacidad para desentrañar sentidos o, más precisamente, develar un sentido detrás del sentido, sea a la manera de una exégesis o bajo la forma del desengaño.

Por cierto, habiendo despertado tempranamente agudas críticas por parte de algunos destacados psicoanalistas (Lacan 1987, Tort 1966, Laplanche, 1987), la reconducción del psicoanálisis a la hermenéutica resulta, al menos, problemática (Yi 2000, Zabala 2007). No obstante, incluso entre quienes comparten estas atendibles objeciones, también se destaca la fecundidad heurística del psicoanálisis (Assoun 2001, Dor 1988, Nasio 2008), al tiempo que se subraya (aunque no exclusivamente) el aporte de la interpretación psicoanalítica a la investigación en ciencias sociales (Pereña 1995, Dunker y Parker 2008). Indudablemente, para ellos la noción de interpretación está lejos de confinarse en el discernimiento del sentido, pero ello no impide que, sin embargo, la heurística psicoanalítica sea de preferencia examinada en un horizonte de rendimientos interpretativos.

A decir verdad, reconocer una contribución heurística en la interpretación psicoanalítica no tiene nada de descaminado ni resulta en modo alguno antojadizo. La interpretación no solo tiene un lugar privilegiado en la práctica del psicoanálisis, sino que la discusión psicoanalítica desarrollada

a su respecto no es en caso alguno de magro interés para la investigación en ciencias sociales. En tal sentido, no parece haber sido suficientemente atendida la particular función que, en la interpretación freudiana, tiene el detalle, el cual no solo vincula de forma insospechada al psicoanálisis con el procedimiento indicial de Sherlock Holmes o con la crítica pictórica de Morelli (Ginzburg 1980), sino que, asimismo, lo aproxima a la lógica abductiva de Peirce (Pulice Mason y Zelis 2000) e, incluso, al *Pathosformel* de Warburg (Didi-Huberman 2001), cuyos alcances heurísticos resultan innegables.

Pero esta misma función freudiana del detalle no se limita únicamente al plano interpretativo. Ella también entraña una vertiente menos explorada que, concerniendo posibles aportes del psicoanálisis a la investigación social, igualmente revela una cierta dimensión heurística. En efecto, el detalle no es solo aquel insignificante fragmento capaz de orientar la interpretación psicoanalítica del sueño (Freud 1986a), del lapsus (Freud 1986b), del chiste (Freud 1986c) e, incluso, de la obra de arte (Freud 1986f). Asimismo, la función del detalle refiere a algo que se ha dejado de lado, es decir, a lo desechado y, por lo mismo, a eso que hace síntoma en el campo mismo de un saber. En tal sentido, Assoun (2006) subraya la manera en que Freud retoma las sobras de las ciencias sociales de su época: objetos y fenómenos que, en conflicto con sus racionalidades disciplinares, han sido apartados como desperdicios (*Abhub*) de la observación. Y en esa mera espuma (*Abschaum*), Freud reconoce una lógica original capaz de fundar la disciplina que él inaugura¹.

Dicho de otro modo, tomando en consideración aquella sobra real, el psicoanálisis parece estar en condiciones de producir inesperados objetos y problemas que, a su vez, convocan el interés de la investigación social. En tal sentido, también sobre este plano el psicoanálisis parece comportar una función heurística, siempre y cuando se nos permita un ligero desplazamiento del sentido para aplicar el término no tanto a la búsqueda de soluciones como al encuentro de problemas. Pues, en este nivel, no se trataría de formular hipótesis para avanzar respuestas, sino de inventar objetos para descubrir preguntas.

Ahora bien, como lo señala Assoun (2006), esta reintroducción problemática de lo elidido destotaliza la autosuficiencia disciplinar, imponiendo al psicoanálisis una radical vocación transdisciplinar, tanto por el interés que revisten las otras ciencias sociales en la creación de dichos objetos como por los problemas que, mediante estos, el psicoanálisis propone a la investigación

1 Esta función del detalle en su dimensión real, le otorga al psicoanálisis una notable fuerza crítica capaz de ir aún más allá de los rendimientos de perspectivas que, interesadas en la sola desnaturalización de órdenes discursivos, restringen regularmente sus abordajes a la única dimensión de la representación, revelando con ello fundamentos neokantianos que, por lo común, pasan desapercibidos incluso para ellas mismas.

social. De este modo, el «Múltiple interés del psicoanálisis» (Freud 1986e) no solo subraya sus intereses por diversas disciplinas —en las que encuentra sus objetos—, sino también el múltiple atractivo que, en virtud de sus problemas, él mismo puede presentar para las otras ciencias sociales.

En consecuencia, el objetivo del presente artículo es delinear algunas aproximaciones teórico-metodológicas capaces de indicar la relevancia de la práctica psicoanalítica para la investigación en ciencias sociales. En particular, nos interesa dar cuenta de los alcances socioculturales de la investigación psicoanalítica, la cual, desde el análisis empírico de fenómenos relativos a procesos subjetivos —entendidos como lugares de anudamiento de lo individual y de lo social—, adquiere una relevancia metapsicológica y antropológica, tanto en Freud como en investigadores contemporáneos. Además, nos interesa mostrar la manera en que las concepciones teóricas (o epistemológicas) de la *praxis* psicoanalítica comportan derivaciones metodológicas plenamente válidas para la investigación psico-socio-cultural; no solo en función de los dispositivos de análisis (interpretativos) puestos en juego, sino también en relación con los objetos y problemas específicos que pueden ser abordados en el campo de las ciencias sociales.

Asimismo, nos interesa entregar algunos ejemplos donde esta articulación teórico-metodológica ha encontrado, a nuestro juicio, frutos relevantes para la investigación social. Esto, en primer lugar, al interior del dominio disciplinar específico del psicoanálisis —partiendo, ciertamente, por Freud— y, luego, en función del «uso» de la perspectiva freudiana en el abordaje de fenómenos sociales por parte de investigadores que, situados en el ámbito de las ciencias sociales, se inscriben en una posición «fronteriza» respecto de él. Será, a su vez, la oportunidad para caracterizar la dimensión transdisciplinar exigida por los objetos y problemas que, en el sentido antes mencionado, logra proponer la heurística psicoanalítica a la investigación social.

II. La investigación social desde la experiencia freudiana

El rendimiento teórico-metodológico de los estudios de Freud sobre problemáticas socioculturales resulta evidente en sus así llamados «textos sociales», de los cuales retomaremos algunas de sus hipótesis principales. En ellos es posible reconocer el abordaje de diversas líneas —o zonas— de investigación de relevancia heurística para la delimitación de opciones metodológicas, extraídas de su abordaje de cuestiones de carácter «subjetivo» (particularmente, la clínica de las neurosis), en razón de la elaboración de conceptos que permitan pensar las dinámicas psicosociales en juego, y para destacar campos de problemas de relevancia histórica y contemporánea.

Ya sea en el campo de la vida de los grupos, colectivos e instituciones (Freud 1986h); en el ámbito de los estudios antropológicos sobre el origen y transmisión de la cultura (Freud 1986d), o, en otro registro, en las reflexiones sobre la lógica del malestar que comanda la vida social (Freud 1986i), el rendimiento de la investigación psicoanalítica se expresa más allá de las problemáticas psicopatológicas a las que Freud consagró la mayor parte de sus esfuerzos teóricos y clínicos (Aceituno 2013a).

Específicamente, los alcances teóricos y metodológicos de la *praxis* psicoanalítica alcanzaron con Freud un estatuto antropológico mayor, considerando que el análisis de las neurosis de defensa (Freud 1986g) le permitió elaborar un modelo metapsicológico sobre las dimensiones dinámicas, tópicas y económicas implicadas en los procesos de subjetivación; es decir, en el modo como se constituye y desarrolla el «aparato psíquico» en función de los mecanismos pulsionales y representacionales propios de la relación del sujeto con sí mismo, con el otro y con la cultura. Desde una investigación clínica sobre el síntoma y su interpretación, Freud desprendió tanto una lógica (una estrategia de pensamiento) aplicable a la psicología «normal»—o, más bien, donde la distinción entre normalidad y patología se alteraba radicalmente—, como una concepción de la subjetividad afirmada en esa «otra escena» que llamó *lo inconsciente* (Freud 1986a). Sus efectos de verdad podían ser reconocidos en diversas formaciones conflictivas: la relaciones yo-otro, los vínculos identificatorios y libidinales del sujeto a sus «objetos», la tensión entre las fuentes pulsionales de la sexualidad y los ordenamientos culturales, el estrecho parentesco entre las dinámicas del síntoma y la condición trágica y crítica del «malestar en la cultura», entre otras.

Ahora bien, estas estrategias de pensamiento —y, por cierto, de intervención— no implican una mera «aplicación» de un campo de problemas (el individuo y sus síntomas) a otro (las formas que adopta la sociabilidad en el ordenamiento cultural moderno). En cambio, el valor heurístico que hemos mencionado es, precisamente, el resultado de una operación dialéctica mediante la cual los mismos procesos que comandan la constitución y desarrollo de la vida «mental» a nivel del individuo pueden reconocerse en colectivos, dinámicas políticas y espacios culturales. De este modo, la oposición entre individuo y sociedad se encuentra, si no eliminada, puesta en otro orden de inteligibilidad. Lo cual permite a Freud escribir su célebre sentencia: «la psicología individual es simultáneamente psicología social» (1986h, 67) y encontrar en su interpretación sobre el origen y transmisión de la cultura —*Tótem y tabú*— el correlato colectivo de la experiencia infantil, las creencias obsesivas y el imaginario fóbico del neurótico de su época (que es, hasta cierto punto, todavía la nuestra).

Realizados estos alcances introductorios generales—que mantienen hasta aquí un carácter retórico si no los referimos a problemáticas específicas—, nos interesa mostrar de qué modo en tres de sus ensayos psico-socio-culturales la lógica freudiana hace posible desprender una matriz de inteligibilidad sobre cuestiones de relevancia para la investigación social.

1. De la identificación al Ideal en la dinámica psicosocial

En *Psicología de las masas y análisis del yo* se conjugan —como el título lo indica— dos nociones aparentemente contradictorias: por una parte, los fenómenos de masa, luego de grupos, colectivos o instituciones, y, por otra, el «yo», en principio absolutamente «individual». Mediante una estrategia teórica y metodológica innovadora, tal contradicción se despeja cuando se concibe que una misma dinámica participa tanto de unos como otros fenómenos, y para lo cual se requiere elaborar conceptos que los haga inteligibles. Es el caso, en Freud, del concepto de *identificación* y, también, de la función del *Ideal*.

Mediante el concepto de *identificación*, Freud destaca el carácter relacional que organiza el Yo, reconociendo, en las dinámicas que vinculan a los sujetos en grupos e instituciones, el correlato de la alteridad en juego en la sintomatología neurótica (particularmente histérica) y, más ampliamente, en la constitución misma del aparato psíquico desde los estadios más tempranos de la relación yo-otro. Para el caso de la dinámica grupal —o colectiva, porque puede implicar a comunidades más amplias— este mecanismo se basa en el reconocimiento del otro como semejante, con el cual comparte —ilusoria o realmente— una matriz común. Esto refiere al carácter «fraterno» que Freud le asigna a la relación de los sujetos entre sí, a partir de compartir un patrimonio colectivo. Pero esta identificación «imaginaria» —especular, dirá Lacan (2009b, 2009c; Le Gaufey 2001)— no se basta a sí misma; es necesario que remita a dos registros suplementarios: uno, concierne a lo que Freud denomina el *Yo-ideal*, sobre el cual reposan las mencionadas identificaciones; el otro, concierne a un Ideal que se sitúa más allá de los vínculos intersubjetivos y que opera como una función reguladora, en cierto modo externa al reconocimiento imaginario. A ello Freud lo denomina *Ideal del Yo*, que adquiere en la función del *superyó* —con su correlato edípico, es decir paterno— una dimensión simbólica, en cierto modo pacificadora de la agresividad impresa en las relaciones de unos a otros (Lacan 2009a). De esta forma, se propician las condiciones para el establecimiento de una convención (ideológica) respecto del sentido que —vinculada al reconocimiento (la identificación) del semejante (el otro

imaginario)—hace de la sociedad un lugar de certezas. Como lo señala con precisión Pereña (1995, 468), toda «identidad» solo se establece a cambio de ser prestada a la sociedad: «yo garantizo a la sociedad para que la sociedad me garantice a mí». De modo que se formula un «contrato narcisista» en que por «el mismo acto de formación del Yo se garantiza el Yo y la sociedad».

En los procesos identificatorios (y libidinales) que participan en los vínculos del Yo a los otros, y en el carácter simbólico de un *nomos* instituido en un registro propiamente cultural, es posible reconocer uno de los rendimientos sociológicos (o psicosociales) de la investigación freudiana, en el marco —hay que destacarlo— del *pacto* que organiza la sociabilidad moderna, con sus alcances políticos evidentes. Sin embargo, como toda interpretación sujeta a la historia, es preciso reconocer que este interjuego de la identificación imaginaria, el Ideal y el pacto simbólico en la cultura, es aplicable solo en condiciones históricamente situables —la modernidad da un nombre a ellas—. Nuestra época —marcada por un siglo que hasta hace poco tiempo llamábamos «nuestro»— nos ofrece diversos campos problemáticos donde los mecanismos abordados hasta aquí introductoriamente encuentran sus límites de sentido. Porque la destructividad, el culto a ideales que parecieran bastarse a sí mismos, el poder que somete a los sujetos a imperativos tanto más crueles que pacificadores, obliga a repensar tanto el lugar del Yo en las culturas contemporáneas como la seducción que autoriza —autoritariamente— el poder de lo Único frente a una sociabilidad deslegitimada.

2. La institución de la cultura y su transmisión

En *Tótem y tabú*, se encuentra otro esfuerzo freudiano por pensar en clave colectiva —aquí cultural— las dinámicas simbólicas e imaginarias que fundan la subjetividad en la historia. Es conocido el mito que Freud propone: la hipótesis de una «horda primitiva» que, vía identificación también, instituye un espacio cultural originario; aquel que, a través del asesinato —su condición política es evidente— transforma la violencia real en una comunidad a la vez liberada y culpable. La instauración del tótem y los tabúes a él asociados inscribe simbólicamente una regulación cultural que opera, al mismo tiempo, tanto a nivel de las subjetividades como de las dinámicas colectivas fundadas en función de un patrimonio común, susceptible de su transmisión en el tiempo a través de la historia de las generaciones. Desde un punto de vista «estructural», las hipótesis freudianas sobre el origen y la transmisión de la cultura encontrarán un relativo correlato en los desarrollos de la antropología estructural (Levi-Strauss 1998), poniendo el énfasis en la interdicción del incesto, así como de los vínculos de alianza y

de parentesco presentes, psicoanalíticamente, en el llamado complejo de Edipo y sus efectos subjetivantes. Jacques Lacan (1995 y 1999) desarrollará en parte de su investigación y de su «enseñanza» este énfasis «simbólico» de un ordenamiento civilizador.

El aporte freudiano en este campo reside, más allá de la pertinencia de las hipótesis en juego desde las disciplinas afines concernidas —etnografía, estudios culturales, historia de la moral y de las religiones, entre otras—, en situar un campo de investigación que reúne dialécticamente la subjetividad individual con el patrimonio y transmisión cultural mediante concepciones que introducen la historia —en términos freudianos, reprimida, es decir, que tanto se olvida como se conserva en el tiempo— y la Ley en las vicisitudes de la vida en común: la deuda inevitable respecto a las generaciones precedentes y las condiciones de su inscripción colectiva.

En ambos textos citados (Freud 1986d y 1986h), es visible el esfuerzo freudiano por situar el *orden* de lo social a partir de las dinámicas que vinculan a los sujetos entre sí y los procesos que instituyen en la cultura (y en el propio sujeto) un universo colectivo de restricciones e imperativos, así como una relación posible de ser transmitida (agreguemos: inconscientemente). En ambos ensayos se trata de pensar la subjetividad basada en una sociabilidad instituyente; en otras palabras, se trata de un énfasis en la investigación sobre los modos según individuos y colectivos se organizan en el tiempo, mantienen conflictivamente su «identidad» y participan de la constitución y transmisión de un «orden» social dado. La eficacia de las hipótesis en juego resulta evidente en diversos planos de la experiencia psicosocial: desde los fenómenos de masa asociados a una regresión «infantil» hasta la institución de valores, normas e ideales que fundan las producciones emblemáticas de la cultura: las leyes, las instituciones políticas, las mitologías propias a las identidades culturales, la religión o la moral.

En este sentido, no resulta casual que el psicoanálisis «sociocultural» propuesto por Freud haya encontrado tanto eco en el análisis de las instituciones (Lourau 1991 y Castoriadis 2007), en los estudios sobre el autoritarismo llevados a cabo, por ejemplo, por la llamada Escuela de Frankfurt (Adorno 2009) o, más recientemente, en las hipótesis «posmodernas» sobre el desfallecimiento de la ley (paterna) en las subjetividades contemporáneas (Lebrun 2003)².

2 Para una discusión crítica de tales consideraciones, véase Tort (2007) y Radiszcz (2007 y 2009).

3. Sobre el malestar en la cultura

En el tercer estudio que nos sirve de referencia para situar la relevancia del aporte freudiano a la investigación social, a saber *El malestar en la cultura*, Freud (1986i) delimita una zona tanto subjetiva como sociocultural pensada en una clave distinta y complementaria. Allí se trata de dar cuenta de los mecanismos —las dinámicas inconscientes— que vinculan a los sujetos en un ordenamiento sociocultural dado, como de abordar aquello que, en la experiencia social y cultural misma, se encuentra marcado por un sello de negatividad, de repetición y de trágico destino. Más que del orden —social, político, simbólico— se trata de la violencia, de la infelicidad propia a las paradojas de la integración, de una experiencia de desamparo que no es el resorte de una civilización en declive, sino de la civilización o de la cultura mismas.

Si es posible reconocer en *El malestar...* una aproximación crítica y trágica a los valores que sostendrían el *nomos* implícito en los restantes ensayos, no es debido a un simple desasosiego o a una inquietud que en Freud se ve de hecho animada —o desanimada, más bien— por las condiciones de su época: la guerra, la seducción totalitaria, la amenaza recurrente del sujeto frente al otro, devenido extraño y extranjero. Es también porque, bajo ese fondo de negatividad *real*, la pregunta por la ética —del deseo o, si se prefiere, del deseo de ética (Guyomard 1999)— resalta como producción subjetiva y cultural: ahí donde el salvajismo pulsional —no «dominado», dirá Freud, por la cultura— hace regresar a los sujetos y colectivos a un estado donde la civilización no ha impreso las marcas del pacto, de la palabra o del pensamiento. Ahí mismo el deseo se vuelve producción y no solo ciega repetición o el negativo reverso de la prohibición o de la «falta». Toda una política del deseo —o un deseo de política— adviene entonces como horizonte propiamente cultural, transformando *lo negativo* en la posibilidad de actos, pensamientos, palabras, vínculos; es decir, un horizonte ético fundado ya no a pesar, sino sobre su fondo de destructividad o, incluso, de barbarie. El pesimismo y la desesperanza que impregna el estudio de Freud es el reverso de una posibilidad de reconocimiento de una ética que no solo reproduce el malestar, sino que produce algo más.

El «malestar» señala tanto una condición necesaria a la cultura y a la inscripción de la subjetividad —el precio que los sujetos han de pagar en el marco de una integración siempre incompleta o insuficiente—, como un *resto* que la misma cultura deja vacante. No es muy difícil reconocer ahí el valor a la vez residual y productivo del concepto lacaniano de «objeto *a*» (Lacan, 1987 y 2008; Le Gauffey 2013; Laclau 2005; Žizek 2001 y 2009), definido

para indicar el pivote en torno al cual se organizan, siempre parcialmente, las fantasías, los mitos, las ideologías, así como los actos que marcan una historicidad repetitiva o transformadora.

Si *El malestar en la cultura* es un ensayo —un intento— por nombrar la desventura de la «condición humana» y sus destinos, su rendimiento teórico-metodológico, para las ciencias sociales, lleva al extremo las hipótesis que Freud ha destacado con el fin de pensar esa *otra escena* necesaria para, si no resolver, al menos constatar —y desde ahí analizar— los fenómenos que los sujetos experimentan cotidianamente en su sufrimiento y, también, en sus acciones transformadoras.

III. Perspectivas transdisciplinarias

Podemos resumir lo planteado hasta aquí, acerca del aporte freudiano a la investigación social, en función de tres registros pertenecientes a la experiencia individual y colectiva de los cuales es posible desprender su relevancia contemporánea. Se trata del reparto de *lo Simbólico*, *lo Imaginario* y *lo Real* propuesto por Jacques Lacan (2005), lector de Freud. Corresponderá en lo que sigue mostrar algunos dominios —u objetos— de investigación social donde el rendimiento teórico-metodológico hasta aquí esquematizado puede notarse con mayor especificidad.

Nos servimos de esta distinción teórica en dos sentidos. Por un lado, porque cada uno de tales registros expresa una relevancia específica, delimitando campos de investigación que siguen aún vigentes. Y, sobre todo, porque su anudamiento —es decir, en tanto ninguno de ellos da cuenta del todo de la subjetividad y/en la cultura— es el que nos ofrece una visión de conjunto respecto del alcance heurístico que contiene el psicoanálisis en el campo de lo social.

Para ello, recurriremos en forma breve —y algo esquemáticamente, por cierto— a dos ejemplos que, por su íntima relación con la obra freudiana, se revelan particularmente propicios para nuestra tarea. Se trata de los trabajos de dos investigadores sociales que no solo conocían de manera acabada la producción psicoanalítica de sus respectivos contextos intelectuales, sino que colaboraron con psicoanalistas e, incluso, participaron más o menos activamente en instituciones psicoanalíticas. Sin embargo, sus investigaciones no son una mera prolongación del psicoanálisis al campo de lo social o de la cultura —al modo de aplicaciones desdeñosas de las especificidades propias de sus terrenos disciplinares. Muy por el contrario, procediendo a la manera (ya descrita) del propio Freud, ellas recuperan del psicoanálisis problemas y objetos dejados en cierta forma de lado, o al menos oscurecidos, para iluminar

en ellos dimensiones que, a su vez, interrogan el mismo dominio disciplinar de donde fueron extraídos. De hecho, los estudios a los que nos referiremos no se inscriben al interior del psicoanálisis, pero no por ello resultan extranjeros a este. Más bien se ubican en la frontera tanto del psicoanálisis como de las propias disciplinas que los albergan. Moviéndose desde la sociología hacia la historia o de la historia hacia la antropología, son trabajos cuya vocación transdisciplinar evoca aquella que, en nuestra opinión, es posible reconocer en el propio Freud.

1. El proceso de la civilización

Originalmente publicado en 1939, el monumental trabajo de Norbert Elias es, por cierto, prácticamente contemporáneo al de Freud. No obstante, su casi total desconocimiento hasta su republicación en 1969 y el enorme impacto que, desde entonces, ha tenido en las ciencias sociales y que le ha valido a su autor un lugar destacado en la sociología de nuestros días, otorgan a este estudio una actualidad innegable. Se trata, sin duda, de una investigación que, tanto por su objeto como por sus estrategias de abordaje, no solo toma muy en serio las hipótesis freudianas, sino que se inscribe —como el propio autor lo indica— en la misma obra (Elias 2004) y lo reitera en numerosas ocasiones posteriores (Elias 1995; Elias y Chartier 2000), como un esfuerzo que jamás habría visto la luz sin la herencia freudiana. Sin embargo, lejos de ser una suerte de epígono o una recolección de valiosos antecedentes empíricos para —sin más— otorgar un fundamento sociológico a teorías psicoanalíticas ya establecidas, el estudio de Elias introduce consideraciones históricas fundamentales que, contraviniendo las inclinaciones biologizantes del propio Freud y destituyendo la naturalización de las dinámicas psíquicas inconscientes descubiertas por la investigación psicoanalítica, retornan sobre el psicoanálisis para historizarlo decididamente y liberar al sujeto de la autarquía que, oponiendo falazmente individuo y sociedad, olvida la condición social de su individualidad (Lahire 2010). Pues Elias, fiel en este punto al espíritu freudiano y contrario a las reducciones y parcelaciones disciplinares, defiende la continuidad de las dimensiones psíquica y social del hombre, indicando que la individualidad percibida en sí-mismo y atribuida a otros es, al mismo tiempo, psicológica y social. La conformación individual de las funciones psíquicas es, en tal sentido, por entero dependiente de la estructura de interrelaciones humanas, ya que la existencia individual es, en el fondo, una forma de existencia social (Elias 1990).

Habiendo iniciado una tesis doctoral con Karl Mannheim sobre la sociedad cortesana en la Universidad de Frankfurt, donde, por cierto, no fue ajeno

a los fecundos intercambios que, comprometiendo a filósofos, sociólogos, historiadores y psicoanalistas, constituyeron un infatigable ejercicio transdisciplinario en torno a las obras de Marx, Freud y Hegel, Norbert Elias prolonga en su obligado exilio en Londres la revisión de una serie de documentos sobre hábitos de etiqueta, reglas de protocolo, normas de comportamiento y pautas de buenas maneras escritos entre los siglos XVI y XIX. Trátese de los modales de mesa, de las formas de sonarse, de escupir o de orinar, de los usos del dormitorio o las prácticas de cortejo, del manejo de la agresividad o las formas del vestir, Elias (2004) no solo constata sus transformaciones históricas precisas, sino que asimismo observa una dirección característica de tales variaciones que, orientándose hacia una progresiva exigencia de control individual de las conductas, impone una interiorización creciente de los impulsos y los afectos, así como una individualización de los mismos. La evolución de dichos cánones de civilidad nacidos al amparo de las cortes europeas de la época clásica expresa, de acuerdo con sus investigaciones, un proceso progresivo de transformación de la normatividad que, desde el fin de la sociedad feudal, determina la emergencia de un tipo preciso de autoacción correlativa y dependiente de una monopolización y centralización estatal de la violencia física y de parte de la economía en territorios extendidos. Proceso de civilización que preside la modernidad occidental, donde la coacción social concentrada en el Estado induce —al tiempo que se apoya en— una autocoerción que, explícitamente caracterizada mediante la noción freudiana de «superyó», no solo descansa sobre el pudor y la culpa para reprimir o desplazar pulsiones advenidas internas gracias a la misma dinámica, sino que promueve una individualización. Ella es imprescindible para el ejercicio de la autovigilancia e incide, mediante una creciente división de funciones, en un aumento de la interdependencia recíproca de los sujetos, la cual vuelve tanto más indispensable el autocontrol del sujeto para con los otros y para consigo mismo.

En otras palabras, Elias realiza el retrato histórico de una transformación de la subjetividad coextensiva a una transformación social sostenida por la misma subjetividad que ella impulsa y que coincide con las formaciones psíquicas descubiertas por el psicoanálisis. En tal sentido, Elias retoma una serie de objetos y problemas propios de la investigación psicoanalítica —y particularmente la iniciación de los niños por parte de los adultos a la disciplina de sus pulsiones³— examinando sus articulaciones con las formas históricas por las que un cierto orden simbólico, decantado en un *nomos* determinado, no solo impacta en los vínculos del sujeto con los otros

3 Al respecto, ver Elias (1998b).

en función de la densificación de la interdependencia recíproca, donde las valencias dirigidas al semejante impregnan los destinos del reconocimiento⁴, sino que también determina la relación del sujeto consigo mismo. Esto ocurre tanto a nivel de los ideales a los cuales aspira, y en virtud de los cuales se censura, como en relación con los mismos deseos que, por la interiorización de los impulsos, resultan modulados e, incluso, formulados. En el fondo, *El proceso de la civilización* da cuenta, ampliamente, de un anudamiento que, histórica y socialmente inscrito, entrelaza los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario a nivel de la vida cotidiana. Al decir del propio autor (Eliás 1998a), expresa la experiencia subjetiva de las coacciones de la estructura social, sea en la reproducción de esta o en su transformación.

2. La invención de lo cotidiano

Es precisamente en este plano de la articulación de la vida cotidiana donde se despliega el segundo ejemplo elegido para retratar las posibles contribuciones del psicoanálisis a la investigación social. Evidentemente, nos referimos al célebre estudio llevado a cabo a mediados de los setenta por Michel De Certeau en relación con el empleo común de productos culturales que participan en la fabricación de una cotidianeidad reacia a reducirse en la mera reproducción de una dominación, al contrariar las reglas estipuladas para sus usos y accesos.

Nuevamente aquí encontramos un desplazamiento importante que impone una dimensión transdisciplinar, la cual, lejos de restringirse al solo plano de los saberes, propone una imbricación entre el nivel de los instrumentos de indagación y el plano de los objetos estudiados. Reconocido historiador de la mística y del cristianismo durante el Renacimiento, De Certeau (1999) emprende una investigación que —pudiéndose inscribir en el dominio de los estudios culturales— recurre a la literatura, la filosofía, la sociología, la historia, la etnología, la lingüística, la lógica o el psicoanálisis, para examinar materiales heterogéneos (creencias políticas, prácticas cotidianas, estrategias de pensamiento, usos de objetos, etcétera), obtenidos por medios igualmente diversos (descripciones etnográficas, entrevistas en profundidad, observaciones participantes, documentos históricos, relatos orales, entre otros) y abordados en función de múltiples estrategias (análisis discursivo, discusión filosófica, examen de enunciación, estudio histórico, caracterización retórica, por solo mencionar algunos). Para el autor se trata de acceder

4 Para la noción de *configuración de valencias personales* que Eliás propone para prolongar, al tiempo que transformar, la noción freudiana de vínculos libidinales (entre los que se cuenta la identificación), ver Eliás (1969).

a la cultura común, pero no en el plano de su producción, sino en el nivel de sus formas de practicarla, es decir, examinar la cultura en los términos de su ejercicio habitual, de su plasmación cotidiana, según las maneras activas (y no puramente reproductivas) de asimilación, recepción, reapropiación o, incluso, de consumo de los «productos» socioculturales ofrecidos.

Observando las formas de recorrer la ciudad, las maneras de leer un libro, la utilización de creencias religiosas, la ocupación del tiempo en el trabajo, el uso de proverbios, las prácticas de conversación, la descripción de un lugar de habitación, etcétera, De Certeau busca rescatar la voz de la gente común que, al no contribuir a la producción cultural, se la supone condenada a la pasividad y al disciplinamiento. Usuarios de la cultura que, no obstante, participan de ella mediante su ejercicio concreto. Ellos, lejos de reducirse a una reproducción homogénea de disposiciones culturales dominantes, representan formas de uso, maneras de empleo, *artes de hacer* donde acontece la acción de sutiles resistencias al entero sometimiento. En efecto, bajo la indesmentible realidad de las operaciones del poder y del ejercicio de la dominación consideradas por el autor en relación con los trabajos de Foucault (1975) y de Bourdieu (1972), el estudio de estas prácticas de uso muestra la operación de una multiplicidad de astucias y procedimientos que, ejecutadas sobre y a partir del orden dominante mismo, dan cuenta de una suerte *antidisciplina* capaz de actuar a nivel de los detalles de lo cotidiano. De Certeau propone caracterizar tales formas en microresistencias al modo de *tácticas* que, fragmentarias, periféricas e inacumulables, solo operan aprovechando la ocasión (su tiempo es aquel del *kairos*), y en función de aquello frente a lo cual se oponen (su espacio es aquel del otro); a saber, las *estrategias* por las que, en función de dispositivos orientados a la gestión de las relaciones de fuerzas en un momento y lugar definidos, se busca una reproducción uniforme conforme a intereses. En el fondo, se trata de la introducción de desviaciones y manipulaciones de lo establecido que, proveyendo márgenes de libertad para maneras singulares de *gozar*, representan una creatividad diseminada, cuyas formas pueden ser concebidas al modo de los tipos de la retórica y cuyas lógicas coinciden enteramente con las operaciones características que el psicoanálisis ha reconocido en el sueño, el lapsus y el chiste, en tanto formaciones de lo inconsciente.

No es extraño, entonces, que la investigación de De Certeau sostenga una constante consideración de numerosos aspectos de la obra de Freud. Pero ello no se debe a la mera constatación de una simple relación formal o metafórica entre las subversiones del deseo en lo inconsciente y las prácticas de microresistencia en la invención de lo cotidiano. Es que, en el fondo, se trata de un único y mismo asunto en tanto aquellas *artes de hacer*

constituyen, precisamente, prácticas (tácticas) del propio deseo orientado a subvertir —en el plano de la plasmación cotidiana de la cultura— las condiciones (estrategias) que, desde la misma producción cultural, fueron impuestas (dominación) como limitaciones a su realización. Dicho de otro modo, la investigación de De Certeau se inscribe en una estrecha relación con *El malestar en la cultura* de Freud y sería incomprensible si se obvía el aporte de su herencia freudiana.

A decir verdad, De Certeau reformula con perspicacia el problema examinado por Freud, integrando una serie de coordenadas políticas que no solo enriquecen el asunto, sino que dan cabida a una dificultad dejada de lado y, por ello, oscurecida para la investigación psicoanalítica. En efecto, si la cultura impone una resignación al sujeto (opera una sumisión), cómo entonces poder discernir que este participe de la vida social sin por ello verse arrastrado hacia el total desencanto o arrojado a una constante transgresión. Ciertamente, Freud (1986i) percibe el escollo y entrega algunas soluciones en relación a liberaciones festivas periódicas, el uso de tóxicos, la función de las artes, la ilusión religiosa e, incluso, el horror de las guerras. No obstante, estas y otras respuestas, relativas a la transformación cultural y al síntoma, revelan un carácter inusual y del todo alejado de la existencia más común de los sujetos. Resituando la cuestión en el nivel de las prácticas cotidianas, De Certeau reintroduce lo que, sin embargo, era ya el interés del propio Freud: el hombre ordinario (*der gemeine Mann*). De esta forma, los mañosos usos cotidianos, las minúsculas transgresiones usuales, las artes más corrientes, devienen los albergues de pequeños placeres obtenidos en ínfimos detalles capaces de proveer un soporte *real* para la subversión del deseo en los destinos del malestar.

IV. Una aproximación al malestar contemporáneo: sueños y espacios

Nos interesa, para finalizar, dar cuenta de una experiencia de investigación específica que, siguiendo los supuestos y antecedentes señalados precedentemente, aborda en Chile el problema del malestar social, integrando dimensiones subjetivas y socioculturales que contribuyan a su análisis transdisciplinar⁵. Por una parte, queremos mostrar la vigencia de las perspectivas psicoanalíticas para la investigación social a partir de cuestiones contemporáneas y, por otra parte, indicar posibles innovaciones metodológicas para el análisis de problemas situados en la frontera de las disciplinas científico-sociales.

5 «Políticas del sujeto: malestar, salud mental y vida cotidiana en Chile». Laboratorio de Prácticas Sociales y Subjetividades (LaPSoS), Iniciativa Bicentenario, Universidad de Chile, Santiago, 2012-2014.

1. Malestar social y subjetividades: supuestos

El núcleo de investigación transdisciplinar LaPSoS se constituye en 2012 con el propósito de reunir a investigadores de las ciencias sociales, la economía, la medicina, la historia, el psicoanálisis y las artes, para desarrollar un programa de investigación e intervención sociocultural que aporte estrategias innovadoras —tanto en lo teórico y en lo metodológico como en «objetos» o espacios problemáticos— en el análisis del malestar subjetivo y social evidenciado en Chile durante los últimos años. Dicho propósito recoge una evidencia elocuente: la compleja relación (para algunos autores, paradójica) entre niveles crecientes de «desarrollo» social durante las últimas décadas y las agudas formas de malestar subjetivo y social asociadas a formas de vida que profundizan la desigualdad, la exclusión, la desconfianza frente al «otro» y el descrédito frente a las modalidades instituidas de participación política.

Uno de los criterios fundamentales para emprender este proyecto concierne a la necesidad de integrar, para dicho análisis, las dimensiones *subjetivas* del malestar; entendiendo por ello no solo las representaciones individuales o colectivas de la integración-exclusión social, sino las formas, no pensadas o no representadas suficientemente, por las cuales individuos y colectividades expresan una relación sujeto-sociedad-cultura que requiere de análisis más complejos que la adecuación (o inadecuación) entre expectativas de «desarrollo» y su materialización efectiva. En otras palabras, interesa considerar que la subjetividad participa del malestar no tanto como una «variable» necesaria para comprender cómo los individuos se representan sus expectativas —más o menos satisfechas a nivel psico-socio-cultural—, sino como una realidad que requiere ser examinada en su dinámica y economía propias. Siguiendo a Freud, el malestar en la cultura es, al mismo tiempo, el malestar subjetivo.

Desde este énfasis en la subjetividad, el aporte de la teoría y de la práctica psicoanalítica ha servido como un referente heurístico. Tanto para diseñar una matriz de inteligibilidad que no desconozca los aspectos inconscientes del malestar (y de su economía pulsional) como para desprender desde ahí objetos, zonas o espacios de la subjetividad susceptibles de ser analizados transdisciplinariamente, es decir, donde los aportes de las disciplinas conciernen a cuestiones que no pueden ser analizadas desde los dominios clásicos de las disciplinas.

Específicamente, es posible reconocer en las dimensiones subjetivas mencionadas una constatación dinámica: lo que hace síntoma —o, si se prefiere, malestar— resulta de un conflicto que es tanto constitutivo de la subjetividad misma —o de la subjetivación—, así como adquiere contenidos específicos

en función de la historicidad de la vida política, económica, cultural de una sociedad dada (en este caso, la chilena). Tal condición sintomática se sitúa a nivel de los discursos y prácticas susceptibles de ser «interpretadas», en tanto su «sentido» no necesariamente coincide con las representaciones explícitas del malestar o de la insatisfacción. Así, por ejemplo, importa considerar que los contenidos de las necesidades y expectativas respecto al Otro social involucran, al mismo tiempo, demandas situadas en un nivel subjetivo —e intersubjetivo— más complejo: demandas de reconocimiento y de legitimidad (Aceituno 2013b).

2. Innovaciones metodológicas

Sin embargo, como lo anticipáramos en la introducción de este ensayo, la eficacia metodológica que es posible extraer del psicoanálisis para la investigación social —en este caso, poniendo en relación malestar social y subjetividad en Chile— no reside únicamente en su relevancia interpretativa —tanto a nivel social como individual—, sino en perspectivas conceptuales y estrategias metodológicas suplementarias. Entre estas cabe considerar la necesidad de integrar en el análisis lo no-pensado —o pensado de otro modo— del malestar subjetivo y social, y que se expresa en fenómenos difícilmente interpretables del todo con los repertorios conceptuales «clásicos», es decir, aquellos que se fundan en una lógica representacional o, como lo señaláramos más arriba, sintomática. En cambio, es posible considerar la relevancia de fenómenos donde el malestar no solo se «dice» (o se calla), sino que instala marcas, escrituras, recorridos. Ello exige dispositivos de «lectura» y de observación donde las imágenes, los actos, los movimientos adquieran un estatuto de figurabilidad y que, desde ahí, puedan ser pensados y admitan otros dispositivos de intervención. Más que de representaciones, se trata de indicios del malestar subjetivo y social, en el sentido que indican, muestran, y cuyo desciframiento exige modalidades diversas a la interpretación.

3. Hacia la transdisciplina: objetos y espacios transicionales

En el contexto metodológico señalado en el párrafo precedente, surgen entonces «objetos» de investigación transdisciplinar situados en el límite de las zonas de inteligibilidad destacadas por los análisis disciplinares «clásicos», es decir, aquellos fundados en una dicotomía entre individuo y sociedad o entre realidad material (social) y representación psíquica (individual). Se trata en cambio de objetos, o más bien de espacios y campos —a la vez subjetivos

y sociales— cuya representabilidad indica vías alternativas de investigación y de intervención sobre la *relación* entre subjetividad, sociedad y cultura.

Destacaremos dos de estos campos problemáticos, cuya relevancia recoge los planteamientos anteriores.

Sueños

Una de las líneas de investigación retoma el «clásico» expediente de la vida onírica para recorrer el camino por el cual las condiciones inconscientes de la subjetividad se instalan entre el cruce de la vida cotidiana, las determinantes individuales de la historia y la incidencia del Otro social (y cultural), a través del lenguaje, el relato y la imagen.

Específicamente, este aspecto del programa de investigación propuesto es orientado por la consideración de los sueños adolescentes como marcadores del malestar —y del deseo que le es correlativo—, a través de inscripciones y relatos a la vez psíquicos y colectivos. Al respecto, es posible considerar que los sueños son —tanto en sus «contenidos» como, sobre todo, en el trabajo asociativo que expresan y producen—, en términos freudianos, «formaciones del inconsciente», es decir, la expresión conflictiva de órdenes de sentido cuya naturaleza subjetiva se sitúa en un espacio que podemos denominar *transicional*. Ello en la medida que traducen (en imágenes, relatos, formas, fantasías) la relación que los individuos establecen consigo mismos, así como respecto a las condiciones de vida (material, social, simbólica) en la que existen y cuya condición inter o transubjetiva se expresa en las formas que adopta el Otro social a través de los procesos de integración y de exclusión social prevaletentes históricamente.

En términos más precisos, el análisis de los sueños, junto con dar cuenta de uno de los niveles donde lo inconsciente participa de los procesos de subjetivación, permite complejizar la relación entre sentido y sinsentido, entre lo pensado y lo impensado de la experiencia subjetiva y cultural, a través de formas de inscripción que son tanto individuales como referidas al mundo social. De este modo, posibilita reconocer una economía subjetiva que trabaja con aquellos contenidos que, siendo parte de la experiencia cotidiana, no alcanzan a *inscribirse* —o, si se prefiere, representarse— a nivel de la conciencia y que, en tanto procesos de pensamiento, contienen elementos que, más que dar cuenta de un repertorio cultural de los deseos y malestares, traducen un esfuerzo de simbolización, permitiendo inscribir aquello que permanece en la oscura visibilidad de las imágenes oníricas. En esta misma línea, hacer trabajar los sueños (recordemos que soñar es, para Freud, un trabajo) nos habilita para, más que analizar las representaciones

del malestar, hacerlas *figurables*, es decir, inscribirlas en una escena de diálogo donde un otro —aquí, quienes intentamos leerlas y comunicarlas— compromete su escucha y su pensamiento en un nuevo trabajo de inscripción y, en el mejor de los casos, de transmisión.

Espacios

En una perspectiva análoga a la descrita en los planteamientos anteriores, una segunda zona de investigación nos permite dar cuenta de los propósitos hasta aquí sugeridos.

Se trata de un esfuerzo por pensar, hacer representable e indicar el malestar subjetivo y social en los espacios llamados públicos. Es tal vez la parte de nuestro proyecto que tiene un carácter más propiamente transdisciplinar, en la medida que ninguna de las disciplinas concernidas (artes, psicoanálisis, ciencias sociales, historia) puede dar cuenta por sí sola de sus alcances subjetivos y socioculturales. Ellas requieren, por lo tanto, de un trabajo colectivo y del uso de repertorios metodológicos acordes con problemáticas que van más allá —o más acá— de los discursos y sus eventuales interpretaciones subjetivas y sociales. Específicamente, interesa realizar recorridos urbanos, registrar el cruce entre las vivencias y biografías «individuales» y los espacios de la calle, los barrios, la inscripción en «público» de deseos y malestares subjetivos, que son también sociales.

¿Por qué —o más bien cómo— interviene aquí una perspectiva psicoanalítica que, históricamente, se ha puesto en práctica sobre todo en la intimidad intersubjetiva de la transferencia y de la «clínica»? Al respecto, la célebre sentencia de Freud respecto a que no hay psicología individual que no sea al mismo tiempo psicología social se reconoce en espacios donde lo interior y lo exterior, lo público, lo privado y lo íntimo adquieren formas de representabilidad que exigen una topología que instala la multidimensionalidad del malestar social y sus inscripciones en la sociedad y en la cultura. Lo inconsciente opera, entonces, como una dimensión de la experiencia subjetiva y social donde —de un modo análogo a lo propuesto a partir del trabajo con los sueños, la imagen, el discurso, el cuerpo— se entrecruzan, en un espacio intersubjetivo de vínculos imaginarios, de condiciones simbólicas ofrecidas por el lenguaje, los objetos, la función del Otro social y sus referencias culturales.

V. Para concluir

La *praxis* psicoanalítica contribuye a la investigación social, haciendo intervenir en sus análisis las dimensiones subjetivas por las cuales individuos y colectivos tramitan su relación a sí mismos, al mundo social y a las condiciones culturales que regulan —nunca, por cierto, de manera acabada— sus referencias simbólicas y políticas. Su valor heurístico, como hemos indicado recurrentemente, reside en aportar repertorios conceptuales complejos para el estudio —y eventualmente la intervención— de fenómenos situados en espacios a la vez individuales y colectivos, y donde la lógica del inconsciente, las exigencias pulsionales, el deseo y el malestar se expresan —y se ocultan a la vez— en una concepción de la subjetividad y del mundo social que oscila entre una aproximación interpretativa de un sentido por descifrar y las formas no suficientemente pensadas de las inscripciones del malestar. Ellas requieren de un esfuerzo de figurabilidad, donde el psicoanálisis puede aportar desde sus vínculos con otras disciplinas de la subjetividad, la sociedad y la cultura.

La vigencia de la investigación psicoanalítica «aplicada» a fenómenos de «naturaleza» social reside en considerar la insistencia de lo real en la experiencia de individuos y colectividades, a condición de reconocer que lo real —del cuerpo, de la pulsión, de la violencia, del deseo y del malestar— solo puede pensarse en función de su articulación con el campo de los vínculos intersubjetivos, de las dinámicas de reconocimiento y de desconocimiento entre semejantes, de las condiciones ofrecidas por el lenguaje y la cultura en el curso de las generaciones, es decir, en función de una dimensión histórica que hace de la memoria —que es también olvido— una condición tanto del sujeto como de la cultura misma.

Finalmente, podemos decir que la investigación psicoanalítica no descansa únicamente en técnicas, métodos o conceptos que intentan complejizar los análisis sobre los discursos y las prácticas sociales; implica también tener en cuenta una dimensión ética que involucra a los propios investigadores, los cuales, situados en el mismo campo de objetos o espacios que intentan estudiar, han de reconocer su implicación subjetiva, social y política.

Bibliografía

- ACERTUNO, R. 2013a. «Diálogo interdisciplinario y discurso psicoanalítico». En *Memoria de las cosas*, 113-128. Santiago de Chile: Ediciones del Departamento de Artes Visuales, Universidad de Chile.
- _____. 2013b. «Paradojas del malestar». <<http://www.facso.uchile.cl/noticias/84848/paradojas-del-malestar-en-chile-por-prof-roberto-aceituno>>
- ADORNO, T. 2009. «Estudios sobre la Personalidad Autoritaria». En *Escritos Sociológicos II*, vol. 1, 147-525. Barcelona: Akal.
- ASSOUN, P-L. 2001. *Introducción a la epistemología*. México: Siglo XXI.
- _____. 2006. «Saber freudiano y pulsión transdisciplinaria». En *Lógicas del síntoma. Lógica pluridisciplinaria*, dirigido por P-L. Assoun y M. Zafiropoulos, 39-54. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BOURDIEU, P. 1972. *Esquisse d'une théorie de la pratique. Précédé de trois études d'ethnologie kabyle*. Ginebra: Droz.
- CASTORIADIS, C. 2007. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- DE CERTEAU, M. 1999. *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana/ITESO/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Trabajo original publicado en 1980.
- DIDI-HUBERMAN, G. 2001. «Dialektik des Monstrums: Aby Warburg and the symptom paradigm». *Art History* 24 (5): 621-645.
- DOR, J. 1988. *L'a-scientifité de la psychanalyse*. París: Éditions Universitaires.
- DUNKER, C. y PARKER, I. 2008. «Modelos y métodos socio-críticos de la investigación cualitativa: cuatro casos psicoanalíticos y estrategias de su superación». En *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, coordinado por A. Gordo López y A. Serrano, 23-43. Madrid: Pearson Educación.
- ELIAS, N. 2004. *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica. Trabajo original publicado en 1939.
- _____. 1990. *La sociedad de los individuos: ensayos*. Barcelona: Península. Trabajo original publicado en 1969.
- _____. 1995. *Mi trayectoria intelectual*. Barcelona: Península.
- _____. 1998a. «Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano». En *La civilización de los padres y otros ensayos*, 331-347. Bogotá: Norma. Trabajo original publicado en 1978.
- _____. 1998b. «La civilización de los padres». En *La civilización de los padres y otros ensayos*, 207-450. México: Norma. Trabajo original publicado en 1980.
- _____. 1969. «Sociology and psychiatry». En *Psychiatry in a changing society*, dirigido por S. H. Foulkes y S. G. Prince, 117-144. Londres/Nueva York: Tavistock.
- ELIAS, N. y CHARTIER, R. 2000. «Procesos de larga duración y discontinuidades. Diálogo con Elias». En *El juego de las reglas: lecturas*, R. Chartier, 291-294. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, M. 1975. *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. París: Gallimard.
- FREUD, S. 1986a. «La interpretación de los sueños». En *Obras Completas*, vols. IV-V. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1900.
- _____. 1986b. «Psicopatología de la vida cotidiana». En *Obras Completas*, vol. VI. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1901.
- _____. 1986c. «El chiste y su relación con lo inconsciente». En *Obras Completas*, vol. VIII. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1905.
- _____. 1986d. «Tótem y tabú». En *Obras Completas*, vol. XIII, 2-162. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1913.
- _____. 1986e. «El interés por el psicoanálisis». En *Obras Completas*, vol. XIII, 165-192. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1913.
- _____. 1986f. «El Moisés de Miguel Angel». En *Obras Completas*, vol. XIII, 217-243. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1914. j
- _____. 1986g. «Lo inconsciente». En *Obras Completas*, vol. XIV, 153-214. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1915.
- _____. 1986h. «Psicología de las masas y análisis del yo». En *Obras Completas*, vol. XVIII, 63-136. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1921.
- _____. 1986i. «El malestar en la cultura». En *Obras Completas*, vol. XXI, 65-140. Buenos Aires: Amorrortu. Trabajo original publicado en 1930.
- GINZBURG, C. 1980. «Morelli, Freud and Sherlock Holmes: clues and scientific method». *History Workshop: A Journal of Socialist Historians* 9: 5-36.
- GUYOMARD, P. 1999. *El deseo de ética*. Barcelona: Paidós.
- HABERMAS, J. 1982. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus. Trabajo original publicado en 1968.
- LACAN, J. 2005. «Lo simbólico, lo imaginario y lo real». En *De los nombres del padre*, 13-64. Buenos Aires: Paidós. Trabajo original publicado en 1953.
- _____. 1995. *El seminario. Libro 4. La relación de objeto (1956-1957)*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 1999. *El seminario. Libro 5. Las formaciones del Inconsciente (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 1987. *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2008. *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro (1968-1969)*. Buenos Aires: Paidós.

- _____. 2009a. «La agresividad en psicoanálisis». En *Escritos*, vol. I, 94-106. México: Siglo XXI. Trabajo original publicado en 1948.
- _____. 2009b. «El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica». En *Escritos*, vol. I, 99-105. México: Siglo XXI. Trabajo original publicado en 1949.
- _____. 2009c. «Observación sobre el informe de Daniel Lagache». En *Escritos*, vol. II, 627-664. México: Siglo XXI. Trabajo original publicado en 1961.
- LACLAU, E. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LAHIRE, B. 2010. «Freud, Elías et la science de l'homme». En *Au-delà de Freud. Sociologie, psychologie, psychanalyse*, N. Elías, 187-214. París: La Découverte.
- LAPLANCHE, J. 1987. «Interpretar [con] Freud». En *Interpretación freudiana y psicoanálisis*, VV. AA., 56-68. Buenos Aires: Paidós. Trabajo original publicado en 1968.
- LE GAUFEY, G. 2001. *El lazo especular*. Buenos Aires: Edelp.
- _____. 2013. *El objeto a de Lacan*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- LEBRUN, J-P. 2003. *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Del Serbal.
- LÉVI-STRAUSS, C. 1998. *Las estructuras fundamentales del parentesco*. Barcelona: Paidós Ibérica. Trabajo original publicado en 1949.
- LOURAU, R. 1991. *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- NASIO, J-D. 2008. «Qué es un caso». En *Los más famosos casos de psicosis*, compilado por J-D. Nasio. Buenos Aires: Paidós.
- PEREÑA, F. 1995. «Formación discursiva, semántica y psicoanálisis». En *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, editado por J. M. Delgado y J. Gutiérrez, 465-480. Madrid: Síntesis.
- PULICE, G., MASON, F. y ZELIS, O. (2000). *Investigación <> Psicoanálisis. De Sherlock Holmes, Dupin y Peirce a la experiencia freudiana*. Buenos Aires: Letra Viva.
- RADISZCZ, E. 2007. «Breve nota sobre acontecimiento y estructura o la exigencia de historia en psicoanálisis». En *Epistemología y Psicología: Preguntas cruzadas*, editado por X. Zabala, 75-86. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.
- _____. 2009. «Algunas observaciones sobre la tesis de la declinación del padre y la cuestión de la Ley en psicoanálisis». *Revista de Psicología* 18 (1): 9-29.
- RICOEUR, P. 1987. *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI. Trabajo original publicado en 1962.
- TORT, M. 1966. «De l'interprétation ou la machine herméneutique». *Les temps modernes* 237: 1461-1493.
- _____. 2007. *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Santiago: Pallnodia.
- YI, M. K. 2000. *Herméneutique et psychanalyse. Si proches... si étrangères*. París: PUF.

ZABALA, X. 2007. «¿Un psicoanálisis hermenéutico?» *Revista de Psicología* 16 (1): 9-40.

ZIZEK, S. 2001. *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.

_____. 2009. *Sobre la violencia. Seis ensayos marginales*. Buenos Aires: Paidós.